

# EL MUNDO MILITAR.

## Panorama Universal

AÑO II.

DOMINGO 21 DE OCTUBRE DE 1860.

NÚM. 50.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Episodio del combate de Trafalgar el 21 de octubre de 1805.—Llegada de SS. MM. al santuario de Monserrat.—Entrada de SS. MM. en Zaragoza por la

puerta del Angel el día 7 de octubre de 1860.—Vista del castillo del Uovo en la bahía de Nápoles.

Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—Visita de SS. MM. al Monasterio de Monserrat.—Combate de Trafalgar.—Anales de la censura.—Castillo del Uovo.—Novela.



EPISODIO DEL COMBATE DE TRAFÁLGAR EL 21 DE OCTUBRE DE 1805.

El navio «Príncipe de Asturias», al mando de D. Federico Gravina lucha durante cuatro horas con cuatro navios ingleses.

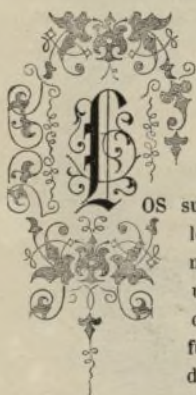
T. II.

47



## CRONICA DE LA SEMANA.

## EXTERIOR.



OS sucesos de Italia, con posterioridad á los hechos materiales de que tienen ya noticia nuestros lectores, se limitan á un fuerte cañoneo que durante la noche del 8 al 9 hubo en Cápua, y que fué seguido de una suspension de armas de veinticuatro horas para enterrar los muertos. El 10 volvió á renovarse la lucha sin resultado decisivo.

Victor Manuel llegó el 12 á Grottamare y estableció en Aquila el cuartel general de las tropas sardas que deben entrar en el territorio napolitano por los Abruzzos y los Estados Pontificios. Posteriormente se ha trasladado el cuartel á Campo Basso, y se proyectaba cortar la línea napolitana para que Cápua tenga que rendirse.

El General Turr ha sido nombrado Comandante general de Nápoles. Bixio dirige el sitio de Cápua, y Garibaldi está en continuo movimiento.

A las protestas hechas por algunas potencias contra la invasion de las tropas piemontesas, contesta según parece, Victor Manuel con un manifiesto dirigido á los pueblos de la Italia meridional.

La mucha estension de este documento no nos permite insertarlo por completo. Hé aquí algunos de su párrafos.

«Recuerda Victor Manuel el hermoso ejemplo dado por su padre al renunciar la corona para salvar su propia dignidad y la libertad de sus pueblos. La muerte de Carlos Alberto, ocurrida en el destierro, estrechó mas los destinos de su familia á los del pueblo italiano.

Victor Manuel no podía dudar entre la Corona y la palabra dada. Ha sostenido la libertad en tiempos que le eran poco favorables, porque deseaba que echara profundas raíces en las costumbres de los pueblos, y no dudaba que hacia una cosa agradable á la nación.»

Signe haciendo presentes los medios de Gobierno que ha empleado y el derecho que con la parte que tomaron las tropas piemontesas en la guerra de Crimea, adquirió para la Italia de intervenir en los actos y en todo lo que concierne á los intereses europeos.

«Los voluntarios, dice Victor Manuel, enviados desde todas las provincias y todas las poblaciones bajo la bandera de la cruz de Saboya, manifestaron que la Italia entera me habia investido del derecho de hablar y combatir en su nombre.»

Si se hubiese hallado poseido de la ambicion que se atribuye á su familia, se habria contentado despues de aquellos sucesos con la adquisicion de Lombardia; pero la sangre preciosa de sus soldados habia sido derramada, no por él, sino por la Italia. Las provincias italianas que habia llamado á las armas habian cambiado su Gobierno para concurrir á la guerra de la independencia, y desde la paz de Villafranca seguian pidiendo su proteccion contra el restablecimiento de sus antiguos Gobiernos. Si los hechos consumados en la Italia central eran consecuencia de la guerra á que se habia invitado á los pueblos; si el sistema de intervencion extranjera debia ser abandonado para siempre, Victor Manuel debia reconocer y sostener en esos pueblos el derecho de manifestar libremente sus votos.

Al darse aquellos pueblos un Gobierno regular, y al organizar fuerzas, han demostrado á la Europa hallarse en exactitud de gobernarse por sí mismos.»

Signe diciendo:

«Aceptando la anexion, sabia con qué dificultad europea tenia que luchar; pero no podia faltar á la palabra dada á los italianos al proclamar la guerra. Los que me acusen de imprudencia en Europa, júzguenme con frio criterio y digan: ¿qué hubiera sido, qué seria de la Italia el dia en que

la Monarquia fuese impotente para satisfacer la necesidad de la reconstitucion nacional?

En cuanto á las anexiones, el movimiento nacional, si en sustancia no ha cambiado, ha tomado nuevas formas.

Al aceptar del derecho popular esas nobles y hermosas provincias, yo debia reconocer lealmente la aplicacion de este principio, y no me era dado medirla con arreglo á mis afecciones é intereses particulares. En virtud de este principio, he hecho por el bien de la Italia el sacrificio mas costoso á mi corazon, renunciando á dos nobles provincias del reino de mis abuelos.»

Despues de recordar que siempre ha dado á los Príncipes italianos, que han querido ser sus enemigos, consejos sinceros; resuelto, en el caso de no apreciarlos, á arrostrar el peligro que su ceguedad hacia correr á los tronos y aceptar la voluntad de Italia, añade haber ofrecido al Soberano Pontífice, antes de la conclusion de la paz asumir en su persona el vicariato de la Umbria y las Marcas.

Era claro que estas provincias, sostenidas solamente por el concurso de mercenarios extranjeros, si no obtenian la garantia del Gobierno civil, habia de acudir á la revolucion. Pasa en silencio los consejos dados durante muchos años al Rey Fernando de Nápoles por las potencias: dice haber hecho ofrecer su alianza á su jóven sucesor para la guerra de la Independencia, y haber allanado los ánimos rebeldes á toda simpatía italiana y los entendimientos cegados por la pasion.

Refiriéndose á Garibaldi se espresa en estos términos:

«Se combatia por la libertad en Sicilia, cuando un esforzado guerrero adicto á la Italia y á mí, el General Garibaldi, corrió en su auxilio. Eran italianos, y yo no podia ni debia contenerlos. La caida del Gobierno de Nápoles ha confirmado lo que mi corazon me decia, esto es, que es necesario á los Reyes el amor y á los Gobiernos la estimacion de los pueblos.»

Algunos hechos consumados en las Dos Sicilias han dado motivo para temer que la política inaugurada en nombre de Victor Manuel no fuese bien comprendida.

«Italia entera, concluye diciendo el manifiesto, ha temido que á la sombra de una gloriosa popularidad, y de una honradez proverbial, se levantase una faccion dispuesta á sacrificar el próximo triunfo nacional á las quimeras de su ambicioso fanatismo. Todos los italianos se han dirigido á mí para que conjurase este peligro. Era deber mio el hacerlo, porque en el estado actual de cosas no seria moderacion y prudencia, sino debilidad é imprevision, el no dirigir con mano firme el movimiento nacional de que soy responsable ante Europa.

«He hecho penetrar á mis soldados en las Marcas y en la Umbria, dispersando esas masas de gentes de todos los países que se habian reunido, nueva é inusitada forma de intervencion extranjera, y la peor de todas. He proclamado la Italia de los italianos, y no permitiré nunca que la Italia sea el centro de dos sectas cosmopolitas, que se dan en ella cita para combinar los planes de la reaccion ó de la demagogia universal.»

Los grandes armamentos del Austria parecen justificarse por la situacion cada vez mas alarmante de Hungría. Ya no se limitan los descontentos á demostraciones anti-austriacas, sino que recorren el país grupos de aldeanos armados, á los cuales se unen muchos soldados que disfrutan de licencia y rehusan volver á sus banderas. Las prisiones de personas notables continúan, y estas medidas contribuyen á aumentar el pánico que reina en todos los espíritus. Si el Gabinete de Viena no inaugura prontamente la marcha política que la opinion pública reclama para la Hungría, es muy de temer la reproduccion de los sucesos de 1848.

Ademas del alistamiento abierto para los voluntarios, ha ordenado el Gobierno austriaco una quinta entre las clases pertenecientes á los años del 36 al 40, ambos inclusive. Parece que serán en todo unos 100,000 hombres. Al mismo tiempo otro decreto imperial llama á las armas todas las reservas, que compondrán tambien aproximadamente un número igual. La operacion del reclutamiento debia comenzar el 1.º de este mes, y hallarse todo terminado y en regla para fines de diciembre. Por otro lado, la Administracion Militar hace ya adquisicion de caballos, principalmente para la artillería y los trenes. Por el camino de hierro del Sud se

mandaban muchas tropas. Muchas van dirigidas en parte hácia Fiume y las costas de Istria y Dalmacia, porque se ha observado que costean y se dejan ver por aquellos parajes algunos buques sospechosos y con bandera sarda.

La flota austriaca, bajo el mando del Archiduque Fernando Maximiliano, se va concentrando toda en Pola, puerto inmenso y muy seguro. Es el pequeño Sebastopol del Adriático. El Gobierno hace armar y disponer en guerra los seis vapores mas grandes de la sociedad del Lloyd, y se dice que, según escriben de Trieste, se trabaja en aquellos arsenales dia y noche con la mayor actividad. En dicho puerto se han armado tambien todas las baterías con cañones rayados y á la Paixhan, en lugar de los antiguos. Se erigen igualmente nuevas baterías en diversos puntos de la costa.

Las formas judiciales empleadas por el representante de la Puerta Otomana para castigar á los Jeques drusos que se suponen autores de los atentados de Siria, son en alto grado interesantes por su ruda sencillez. Hé aquí lo que acerca de ellas leemos en un periódico extranjero.

La reunion de los Jefes cristianos de la montaña y de los Jeques drusos, tuvo lugar el 21 del próximo pasado. Los primeros eran diez y seis y los segundos tres solamente pues dos de ellos no habian acudido al llamamiento.

Fuad-Bajá recibió á unos y otros por separado, y mandó despues de la conferencia á los drusos que le esperasen en la puerta del cuartel de Beyrouth. Cuando tuvo aviso de que le estaban esperando ya en aquel sitio, se trasladó á la sala de armas del cuartel, y sin tomar asiento, cosa muy significativa en el Bajá, les dirigió con iracunda voz las siguientes preguntas:

¿De quién es la Siria?—De nuestro glorioso Sultan Abdul-Medjid, de quien somos esclavos, contestaron los Jeques.

¿Por qué razon, pues, habeis cubierto esa tierra de ruinas y la habeis inundado de sangre? Desde ahora os declaro que todos vuestros bienes quedan confiscados. ¿Qué erais vosotros? ¿Beyes? ¿Jeques? Pues ya no lo sois. No sois nada.

Detrás de cada druso habia unos cuantos soldados, que al pronunciar Fuad-Bajá esas últimas palabras los maniataron y arrastraron fuera de la sala.

De allí á un momento los drusos no eran ya en este mundo mas que un cadáver.

Otros drusos que habian venido á Beyrouth sin ser llamados, y andaban errantes alrededor del cuartel por interés de la escena que allí tenia lugar, fueron aprehendidos tambien en el acto y encerrados en una mazmorra.

## INTERIOR.

El 16 regresó S. M. la Reina juntamente con su augusta familia de la maternal visita que ha hecho á uno de los estremos de la Monarquia.

Pero antes de referir su ingreso en la capital, debemos terminar la reseña que venimos haciendo de las demostraciones de amor por parte de las poblaciones que han tenido el honor de verla en su recinto.

A las cinco de la tarde del 7 entraron SS. MM. en la inmortal Zaragoza, en cuya poblacion se notaba desde las nueve de la mañana la desusada animacion que suele preceder á todas las grandes expansiones del afecto popular.

Dejamos al *Diario* de aquella ciudad referir los sucesos, dándole preferencia á la multitud de comunicaciones particulares que se nos han remitido.

A las dos y media de la tarde se oyó la corneta dando el punto de aviso, y se vió correr la gente que habia en la carretera, que no era mucha por la hora y el excesivo calor que hacia. SS. MM. y AA. venian en una silla de la Real casa, con la que entraron hasta el pié de la misma escalera de la fábrica de Villarroja, donde la esperaban los Ministros y Autoridades municipales y provinciales: la capilla, situada enfrente estaba abierta: al pié de la escalera estaban el Capitan general y el Sr. Alcalde, que felicitó á S. M. en nombre de Zaragoza; un Ayudante del Rey; la Aya de S. A. y un Gentil-hombre: en el momento llegaron los señores Jueces de primera instancia, el Gobernador civil y el Comisario de policía.

S. M. la Reina, con ese semblante risueño y bondadoso que tan querida la hace, saludó á cuantos estaban allí y subió á la habitacion que se le habia preparado, asomándose



se al balcón, donde fué saludada por cuantas personas habían subido hasta aquel punto por tener esta honra: después se retiró para vestirse y descansar algunos momentos.

Al llegar vestía S. M. un traje de volantes de gró color ceniza con ramos, manton blanco bordado y mantilla negra: S. M. el Rey iba de gaban, y los augustos Príncipes de azul: la nodriza ocupaba un sitio en el coche Real.

Las comisiones de todas las corporaciones, que se hallaban convidadas, lo mismo que el Excmo. Ayuntamiento, llegaron en cuarenta carretelas descubiertas.

La ciudad desde las tres estaba ya en movimiento: á la entrada del camino antiguo del puente Gállego, á 200 pasos de la estación del ferro-carril, se hallaba á las tres y media el Duque de Tetuan con su escolta esperando á SS. MM.; mas abajo los carros triunfales del comercio y los labradores.

A las cinco y media el repique general de campanas y el estampido del cañon, anunciaron la entrada de los Régios viajeros: abrian la marcha dos piquetes de Guardia civil montada, dos de caballería, siguiendo la carretela abierta tirada por seis caballos, en que iba toda la Real familia; á los estribos del carruaje iban los Generales Sres. O'Donnell y García: S. M. la Reina vestía traje blanco con listas de color de rosa, y mantilla blanca con puntillas; el Rey uniforme de Capitan general con la Gran Cruz de Carlos III, y sus augustos hijos trajes de color de rosa.

SS. MM., conforme estaba anunciado, se dirigieron al templo del Pilar: en la puerta había una mesa con un Santo Cristo que el Sr. Arzobispo dió á besar á las Reales personas que estaban de rodillas, y después entraron bajo el pábulo corriendo el claustro y pasando al altar mayor, donde se cantó el *Te Deum*; allí se había colocado una guardia de Alabarderos: concluido pasaron á la santa capilla, adoraron la Sagrada imagen, siendo tal la ferviente devoción con que nuestra Reina llegó hasta la del cielo y tierra, que la vimos abrazarse á la Santa imagen y besarla repetidas veces; salieron después del templo en la forma que habían entrado, dirigiéndose á su palacio, en cuyo balcón se presentaron SS. MM., que fueron recibidas con grandes aclamaciones por el inmenso pueblo reunido allí y que pedía á voces que saliera el Príncipe: S. M. lo sacó en sus brazos, y el angelical niño saludaba con la manecita, hasta que la misma Reina, quitándole el sombrerito de paja que llevaba se lo puso en la mano, y con él saludaba graciosamente á la multitud, entre la que se hallaba cuanto Zaragoza encierra de elegante y noble, que no había temido el meterse en aquella inmensa confusión con tal de saludar á sus Reyes; la bondad de la escelsa Reina que presentaba sus hijos al pueblo reunido bajo los balcones; la cariñosa sonrisa con que saludaba repetidas veces, conmovieron á cuantos lo presenciaron, y los que no podían gritar agitaban sus sombreros, gorros y pañuelos.

Al día siguiente la Diputación provincial, deseosa de obsequiar á SS. MM., dispuso un almuerzo en el sitio llamado Torrero, á la embocadura del canal imperial de Aragón. Una tienda de campaña magnífica, rodeada de flores y de adornos vistosos y elegantes, había sido construida al efecto. SS. MM. y personas de su séquito se presentaron á las once y media, siendo aclamadas y saludadas con incesantes gritos de júbilo por mas de 10,000 personas que habían acudido antes de la llegada de los régios huéspedes. Las bandas de música de la guarnición y otras de la ciudad hacían oír sus ecos armoniosos en medio de la general alegría.—SS. MM., recibidas por el General Presidente del Consejo, Diputación provincial y Autoridades, pasaron á visitar una linda capilla que se encuentra en las inmediaciones, y en seguida volvieron á la tienda, donde se sirvió un opíparo y delicado banquete, compuesto de riquísimos y variados platos. SS. MM., llenas de afabilidad, hablaban incesantemente con las personas que asistían á este delicioso convite, mostrándose sumamente satisfechas. La vajilla de porcelana en que se servía el almuerzo había sido fabricada por encargo especial, con las armas de S. M. y la cifra Isabel II.—La Reina lo advirtió prontamente y lo hizo notar, espresando delicadamente lo sensible que es á las pruebas de amor que se la tributan. Durante todo el almuerzo, que se prolongó hasta mas de las dos y media, las bandas de música animaban mas y mas la escena, y las aclamaciones que penetraban hasta el interior de la tienda, así como la alegría que retrataba el rostro de todos los cir-

cunstantes, presentaba un cuadro indescribible.—El orden en que se hallaban sentados los que asistían á este convite era el siguiente:—A la derecha de S. M. la Reina: el General O'Donnell.—Duquesa de Bailen.—El Capitan general de Aragón.—Ministro de Fomento.—General San Miguel.—Varios Diputados provinciales.—Jefe de ingenieros.—Brigadier Mogrovejo.—Conde de Poblaciones.—Duque de Bailen.—Marqués de Ayerve.—Conde de Balazote.—Brigadier Abades.—Cinco Diputados provinciales.—Sr. D. Miguel Tenorio, Secretario de S. M.—Sr. Magenis, Ayudante del Rey.—Gentiles hombres de S. M. la Reina.

A la izquierda: S. M. el Rey.—La Duquesa de Tetuan.—El Arzobispo de Zaragoza.—El Ministro de Estado.—El Gobernador civil.—El Alcalde constitucional.—El ex Ministro Senador D. Juan Brail.—Sr. D. Luis Franco, Diputado á Cortes de la capital.—Sr. D. Cipriano del Mazo, Diputado á Cortes de Egea de los Caballeros.—Sr. D. J. Ferrandez, Diputado de Zaragoza.—Sr. Marqués de San Gregorio.—Señor Drúmen.—Tenientes de Alcalde y el Sindico del Ayuntamiento.—Sr. D. Francisco de los Rios Rosas.—El Rector de la Universidad.—El Comisario régio del Banco.—El Vice-presidente del Consejo y Consejeros de provincia.—Brigadier de artillería.—Jefe de Administración militar.—Señor D. Antonio Flores.—El Director del Canal.—El Vice-presidente de la Junta de Agricultura.—Los Jefes de la guarnición y Ayudantes de los Generales, con algunas otras personas que siento no recordar.

Concluido el almuerzo se dignaron SS. MM. entrar en una lujosa barca preparada al efecto, y seguida de otros dos, donde se distribuyeron los convidados y una numerosa banda de música, se dirigieron por el canal imperial hacia la Casa-Blanca, que dista una media legua, admirando en este tránsito delicioso la risueña y encantadora vega que fecunda con sus aguas el rio Huerca; SS. MM. y la comitiva volvieron después al sitio del desembarque, donde había otra preciosa tienda preparada al efecto, y desde ella presenciaron el desfile de una cabalgata, compuesta de unos 150 ginetes, que representaban la proclamación de D. Fernando de Antequera, con magníficos y vistosos trajes de aquella época.

Era imposible dar un paso entre el inmenso gentío que se agolpaba á contemplar de cerca á nuestros Reyes. Mil y mil vitores y saludos con los pañuelos; gran multitud de aristocráticas y bellas señoras de todo Aragón aclamando á la Reina, y por todas partes alegría y entusiasmo de corazón, pues cosa es bien sabida, que este pueblo siente mas que espresa. Las cinco dadas serían cuando concluyó esta fiesta, que tanto ha agradado á SS. MM., y que tanto honra á los que la han dispuesto.

Esta noche fuegos artificiales, magníficas iluminaciones y teatro. Mañana besamanos y luego toros, y fiesta continuada hasta el día 15, que saldrá la corte.

Durante la tarde del 9 pasaron SS. MM. al santo hospital de N. S. de Gracia, siendo recibidas por los señores de la Junta del establecimiento; oró en la iglesia y recorrió el mismo.

Desde allí se dirigieron SS. MM. á la Casa de Misericordia, en cuya entrada esperaban las niñas distinguidas, que la recibieron con un himno cantado por las mismas. Visitaron las inmensas salas del establecimiento, examinando las diversas labores, y se dignaron aceptar un pañuelo que habían bordado las niñas.

Al visitar la obra nueva, levantada sin mas fondos que la caridad del pueblo zaragozano, se oyeron estas sublimes palabras en boca de S. M. «No tengo para dar tanto como quisiera, pero daré alguna cosa para la construcción de la iglesia.»

También visitaron SS. MM. la inclusa y asistieron al sorteo dispuesto por los Caballeros Maestranes de cinco lotes de 4,000 rs. para cinco niñas del establecimiento.

Concluido este acto, SS. MM. se retiraron, dejando encantados á todos con su amabilidad.

Era ya de noche, y salieron á acompañarla unos muchachos de la Misericordia con hachas; SS. MM. fueron por la puerta del Portillo y afueras de la ciudad hacia el camino de Torrero, de donde sus augustos hijos se habían retirado ya, regresando bastante tarde á Palacio, sola y sin escolta ninguna; verdadero modo de presentarse los Reyes á su pueblo, que mas los venera y respeta cuanto mas confiados se muestran de su lealtad y cariño.

En la madrugada del 10 las salvas de las baterías de la ciudad han anunciado á los fieles habitantes de Zaragoza, que España entera celebraba el trigésimo aniversario del nacimiento de Isabel II, que anunció en 1850 de ventura y de esperanza para el país, es hoy el símbolo de nuestras libertades, de nuestras glorias, de nuestros adelantos en todos los ramos del saber, de nuestra civilización, y del alto renombre que hemos conquistado con la reciente epopeya de Africa.

A las doce de la mañana se dirigieron SS. MM. con SS. AA. al templo del Pilar, donde oyeron misa y oraron ante la santa imagen, á la cual presentaron la ofrenda que en tales días se acostumbra, desde tiempo inmemorial, de un número de monedas de oro igual al número de años que cumple el Rey, con una moneda mas por el aniversario próximo.

La ofrenda ha sido presentada esta vez en un riquísimo cáliz de oro con piedras preciosas.

A la una y media ha dado principio el besamanos, que ha estado concurridísimo, y ha durado cerca de dos horas, viéndose entre los asistentes á esta ceremonia las principales personas de la ciudad, además de la Audiencia, la Diputación, el Ayuntamiento, la Maestranza, los Jefes y empleados de las Oficinas civiles y militares, y la Oficialidad de la guarnición.

S. M. la Reina vestía del mismo modo que se había presentado en la metropolitana, y consistía su tocado en un elegante vestido de corte, blanco, con encajes y lazos del mismo color; una diadema y corona doble de perlas y brillantes, gruesas perlas al cuello y en el pecho; en los hombros y en los demas adornos de este brillante aderezo, perlas y brillantes también. Pero todo colocado y dispuesto con tanta gracia y tanta grandeza, que la augusta señora brillaba tanto por su majestad como por su hermosura.

El Rey vestía el gran uniforme de Capitan General.

Terminado el besamanos, recibió S. M. varias comisiones que venían á felicitarla de diferentes puntos de Aragón. Y tras de estas llegó el Alcalde constitucional de Zaragoza, seguido de una porción de lindas aldeanas y de graciosas niñas, que iban á depositar á los pies del trono los frutos mas escogidos del país.

También iban con esos sencillos labradores algunas otras personas con escogidos presentes para SS. MM.; llamando la atención, en justicia, una guitarra de mosaico vegetal, primorosamente trabajada por un fabricante de instrumentos de cuerda, que ha querido hacer esta ofrenda al tierno Príncipe de Asturias.

El Ayuntamiento ofreció en esta misma ocasión un magnífico y elegante ramillete de dulces y flores, coronado por una pequeña estatua de la Reina.

Después salieron SS. MM. en carretela descubierta, vestidos también de corte, al paseo de Capuchinos, donde estaban tendidas las tropas de la guarnición.

Al estribo del coche iban el Duque de Tetuan y el Capitan general de este distrito, y después de visitar toda la línea presenciaron el desfile, en el que se dieron los vivas de ordenanza.

Un gentío inmenso invadía los bellos alrededores de Zaragoza, saludando y corriendo tras de los Reyes, que fueron victoreados en distintos puntos.

El Príncipe de Asturias vestía el uniforme de cazador del Ejército, que cada día lleva con mas gracia.

El 15 salieron, según estaba anunciado, SS. MM. de Zaragoza, cuyos festejos durante todos los días estuvieron en relación con su entusiasmo.

El camino hasta Calatayud fué una no interrumpida ovación, sin que hubiera pueblo por reducido que fuese que no presentara cumplida ofrenda de su amor con arcos triunfales, colgaduras, y cuantas ostentaciones eran posibles á su sincero afecto.

SS. MM. á su vez las acojan con igual benevolencia que los suntuosos obsequios que se les habían prodigado en las espléndidas capitales de Cataluña y Aragón.

Dícese que en una pequeña población del tránsito se habían prevenido varias personas para felicitar á SS. MM. con una arenga. Al avanzar el orador hacia las régias personas, se sintió súbitamente preocupado de un exagerado temor, y huyó con toda la comisión felicitadora. SS. MM. celebraron el hecho comprendiendo todo el valor de tan rústica candidez.



En to las partes fué igual la sinceridad del afecto, y la benevolencia con que fué recibido; por esa razón omitimos la descripción de las demas poblaciones del tránsito, hasta la capital de la Monarquía.

F. M.

### VISITA DE SS. MM. AL MONASTERIO DE MONSERRAT.

El monasterio de la Virgen de Monserrat es un edificio de grandiosa estructura, adecuada al sagrado objeto de su institucion y á la maravillosa magnificencia de la montaña. Se halla situado á la parte oriental de la misma y encima

del rio Llobregat, cerca de un valle llamado de Santa Maria y al pié de disformes y altísimos peñascos que al parecer van á desplomarse. El edificio está tendido de Norte á Sud, ceñido en gran parte por las peñas mencionadas y en lo demas por una cerca guarnecida de seis torres. En su interior, ademas del templo y las bien dispuestas habitaciones de los monjes, hay una hospedería para pobres, hospital, enfermería de los legos, las casas del médico, cirujano, herrero y otros oficiales, y diferentes oficinas, cual pudiera tenerlas una regular poblacion. Desde Barcelona parten dos caminos para llegar al Santuario; ambos empiezan poco antes de llegar al lugar de Collbató, situados al pié del monte. El que va por la izquierda es hoy una hermosa carretera; se dirige hácia la casa llamada de Massana, da vuelta á la montaña por las faldas de la parte N., se em-

plean seis horas en la subida, y á 3,500 pasos antes de llegar al Monasterio se encuentra la iglesia de Santa Cecilia. En este camino desembocan los de Igualada, Manresa y Monistrol. El camino que va por la derecha es de herradura, y tomando el cerro ó loma de la parte meridional, se llega en dos horas al Santuario; á la mitad del camino está la puerta llamada la Fuente Seca, cerrada á cal y canto, y á 1,150 pasos antes del Monasterio, está la antigua capilla del Arcángel San Miguel. A un tiro de ballesta de esta capilla, y hácia la parte del S., hay unos despeñaderos muy grandes, de mas de 400 toesas de elevacion, cortados perpendicularmente hasta las orillas del Llobregat; en sus laderas, casi donde empiezan á descolgarse, al pié y debajo de una altísima peña, entre dos cerros que se alzan á manera de pirámides y mirando á Levante, está la cueva en



LLEGADA DE SS. MM. AL SANTUARIO DE MONSERRAT.

(Remitido por D. V. Urrabieta.)

que, segun la tradicion, fué hallada la milagrosa imagen de Nuestra Señora. En este sitio hay una hermosa capilla, y desde ella al Monasterio median 800 pasos de camino abierto entre grandes peñas y precipicios.

El año de 830, siendo Conde de Barcelona Wifredo el Belloso, unos pastores del lugar de Monistrol encontraron escondida la imagen de la Virgen; imagen que habria sido escondida en los primeros siglos del cristianismo por los cristianos perseguidos. El hallazgo de esta imagen dió motivo al Conde Wifredo para la fundacion de tan insigne monasterio, que primero puso al cuidado de monjas Benitas, que sacó del Monasterio de las Puellas de Barcelona, y fué la primera Abadesa su hija Richilda por los años de 893. La comunidad de monjas permaneció en Monserrat hasta el año de 976, en que el Conde Borrell, con autoridad apostólica, las hizo trasladar otra vez al Monasterio de San Pedro, y puso en el de Monserrat monjes Benitos del de Ripoll. En 1410, el Papa Benedicto III erigió el priorato de Monserrat en dignidad abacial, con todas las preeminencias y prerogativas de los demas Abades, lo cual fué confirmado y

aprobado despues por Martino V y Eugenio IV. Este templo magnífico y singular estaba adornado con riquísimos y brillantes donativos de Reyes, Reinas, Condes y otros elevados personajes, así españoles como extranjeros, pero fué saqueado y destruido en la guerra de la Independencia; y si bien fué reparado en parte el estrago por la piedad de don Fernando VII, en la actualidad no existe aquella antigua magnificencia. Se conserva el edificio y la iglesia; esta es de una sola nave muy espaciosa; la sillería del coro y el camarín son de un trabajo esquisito, y el rostro de la imagen es de color casi negro, como la del Sagrario de Toledo, la de Guadalupe y otras muchas que se veneran en España. Varios monjes cuidan del Santuario.

Grandes Monarcas, Emperadores y Príncipes lo han visitado en todas épocas. Una Reina, doña Violante, subió á pié descalzo los escarpados y tortuosos senderos de estas pendientes; la primera Isabel y su esposo Fernando el Católico, vinieron á rendir su homenaje de gracias á la Virgen de Monserrat, despues de la conquista de Granada. En él D. Jaime el Conquistador invocó la proteccion del Cielo para

llevar á efecto sus gigantescas expediciones; en él el gran Carlos V recibió á la Embajada que en nombre de los electores de la Alemania le ofrecía la Corona de Carlo-Magno; en él el propio Monarca recibió la noticia del descubrimiento de Nueva España por Hernán Cortés, y en él depositó el esforzado D. Juan de Austria algunos de los despojos de la gloriosa batalla de Lepanto. Las sombras de los Fernandos, de los Alfonsos, de los Felipes, de los Jaimes y de los Carlos escitan aun un recuerdo en este histórico y sagrado recinto; en él se sintieron inspirados de una santa vocacion religiosa un Ignacio de Loyola, un Pedro Nolasco, un José de Calasanz, un Luis de Gonzaga, un Pedro Claver, un Vicente Ferrer, un Francisco de Borja, que un día fué Virey de Cataluña, y otros muchos varones que despues dieron al mundo un prodigioso ejemplo de divinas é inimitables virtudes.

SS. MM., con la misma piedad religiosa que sus augustos predecesores, han visitado este histórico Monasterio para dar gracias en su recinto á la Reina de los Cielos por los triunfos que nuestras armas han alcanzado sobre las playas



africanas. La visita régia verificada en los días 30 de setiembre y 1.º de octubre quedará eternamente grabada en la memoria de los habitantes de Cataluña.

A las dos de la tarde del primero de dichos días, las campanas de Monserrat saludaron á la augusta heredera del trono de San Fernando; y la multitud, poseída del mayor entusiasmo, se aprestó para saludarla á su vez, ocupando eminencias practicables y todas las avenidas que al Monasterio conducen. Había muchas comitivas que agitaban al aire banderas y ramos, contándose una de Voluntarios. El Sr. Corregidor de Barcelona y los Alcaldes de los pueblos, cabeza de partido, llevaban las banderas con los escudos de sus respectivos distritos.

El entusiasmo llegó á su colmo cuando se vió que SS. AA. RR. vestían los trajes catalanes que les ha regalado el Instituto Agrícola.

Cuando los augustos viajeros entraron en el templo, cuyo sagrado recinto infunde siempre un imponente y religioso respeto, no podían menos de sorprenderse, de admirar su grandiosidad y lo suntuoso de su ornamentación. Brillaban en él centenares de luces, y el altar mayor se presentaba adornado con severa magnificencia. Tres grandes pendones colgaban sobre el mismo, el uno con el celestial nombre de María, y de los otros dos, el uno lucía sobre fondo blanco la cruz roja de San Jorge y el otro las cuatro barras del escudo de Barcelona; adornaban el camarín de la Virgen sus mejores ornamentos, y la venerada Imágen tenía puesto el rico traje que le fué regalado por las Reales personas que se prosternaban á sus plantas. Los Reyes tenían el Trono al lado del Evangelio; había un estrado para los Sres. Prelados asistentes y otro para los Sres. Ministros y primeras Autoridades.

Al llegar SS. MM. y AA. ante la sagrada y milagrosa Imágen postráronse de hinojos, y oraron devotamente un breve rato.

Después del *Te-Deum* y de la *Salve*, cantada por la orquesta, pasó S. M. la Reina á visitar el camarín de la Virgen, y por su Real mano colocó sobre el sagrado pecho de la misma, una preciosa joya de brillantes. Pasó en seguida á las habitaciones que estaban destinadas, y recibió á las Autoridades, á la Diputación y á varias otras personas. A las cinco de la tarde bajó á pié á la Santa Cueva, acompañada de su augusto Esposo, que la daba el brazo, y solo un breve rato subió en silla de manos, acompañándola gran número de personas con hachas y varios jóvenes con farolitos. A su paso era

victoreada por los *campamentos*. Quedó sumamente complacida de la restauración de esta interesante capilla, y felicitó por ello en términos muy lisonjeros al arquitecto señor Villar.

A las ocho de la noche entraron SS. MM. en el comedor, que lo tenían dispuesto en la sala refectorio del Monasterio.

sesto), con la sola diferencia de que los candelabros y demás adornos eran plateados y no dorados.

Había otra mesa para SS. AA. y su servidumbre, y los trescientos Alcaldes tenían también servicio especial en un gran salón servido por la fonda que existe cerca de la hospedería del Monasterio.

A las diez se dispararon los fuegos artificiales. Aquellos fuegos aéreos de brillantes colores, y que volaban rápidos en encontradas direcciones, iluminaban de una manera fugaz y fantástica los áridos picachos de la montaña y los espantosos derrumbaderos que la circuyen. El eco repetía mil veces el estallido de los petardos. Multitud de hogueras elevaban al cielo rojas llamas desde varios picachos de la vasta extensión de terreno, que eran los pueblos que saludaban á su Reina. S. M. la Reina dijo que jamás fuegos algunos la habían gustado tanto, y que estaba encantada del aspecto de aquella prodigiosa montaña.

A las once comenzó el concierto, se tocaron por la orquesta las sinfonías del maestro Guevart y la *Marta*, y los coros de Clave cantaron entre otras piezas, las tituladas *Capallari*, *Lo somni de una verge* y *Los nets desalmugavers*.

La iluminación del claustro nuevo era lujosa, y durante la serenata iluminaba á la multitud una luz eléctrica que brillaba en uno de los ángulos del Monasterio.

A las ocho de la mañana del día 1.º de este mes se dijo una misa solemne en la iglesia del Monasterio, á la que asistieron SS. MM.; ofició de pontifical el Prelado de la diócesis el Ilmo. Sr. Obispo de Vich, y predicó D. Hermenegildo Coll de Valldemia, Predicador de S. M.

Algun rato después de terminada esta gran función, que figurará brillantemente entre el número de las mas célebres que se hayan celebrado en este Monasterio, tuvo lugar el besamanos de los señores Alcaldes de todas las ciudades, villas y pueblos de la provincia, acto también interesantísimo y de gran

significación para S. M., porque cada una de aquellas personas representaba una población distinta que le tributaba homenaje. Dichos Alcaldes vestían cada uno traje diferente según su posición y clase; la mayoría usaban el traje propio del labrador ó del artesano catalán. SS. MM. y AA. los recibieron rodeados de los Sres. Ministros, Generales y altos funcionarios, y nuestra escelsa Reina les dió repetidas muestras de amable y bondadosa consideración. Todos quedaron altamente complacidos.



ENTRADA DE SS. MM. EN ZARAGOZA POR LA PUERTA DEL ANGEL EL DIA 7 DE OCTUBRE DE 1860.  
(Remitido por nuestro corresponsal D. J. Romá.)

La mesa, capaz para cincuenta cubiertos, estaba puesta con sumo esmero y riqueza. El servicio de ella misma corría á cargo de la acreditada fonda de las Cuatro Naciones, y así la vajilla, en cuyas piezas se veía estampada la corona Real, como el precioso surtido de adornos de porcelana, de plata, cristalería, marfil y de metal dorado, era todo nuevo y de un gusto exquisito. Lo propio puede decirse de la segunda mesa que estaba colocada en una espaciosa estancia del sétimo piso, (las habitaciones de SS. MM. estaban en el



Pocas horas despues SS. MM. se ausentaron de aquellas montañas, dejando, como en todas partes, pruebas de su inagotable munificencia.

## COMBATE DE TRAFALGAR.

Hoy, 21 de octubre de 1860, hace cincuenta y cinco años que se empeñó en las aguas de Trafalgar el horroroso combate en que España perdió desgraciadamente su poderosa escuadra, una de las primeras del mundo entonces, y con ella el derecho, ó por lo menos la fuerza que tenía para intervenir en el arreglo de los complicados asuntos del mundo civilizado. Hoy hace cincuenta y cinco años que, aliados con un Emperador, perdimos el rango y la categoría de potencia de primer orden con que otro Emperador, descendiente de aquel por su sangre y por su política, téngase esto presente, nos brindaba días atrás. Hoy hace también cincuenta y cinco años que los marinos españoles manifestaron una vez mas al mundo la fuerza con que latén en todo pecho español los puros sentimientos del honor, del valor y de la lealtad.

Justo nos parece, por lo tanto, en el aniversario de suceso de tan gran trascendencia en la historia de nuestra nación, dedicar algunas líneas á dar á conocer, mal decimos, á repetir, porque de muy pocos españoles será ignorado, el heroísmo de los Gravinas, Churrucas, Alcedos y tantos otros que con su vida dejaron limpio su honor, que era el honor de la nación española.

Nuestro propósito se limita á describir aquel terrible suceso con que nuestro poder marítimo llegó á su ocaso, estableciendo, si así pudiera decirse, una brillante línea de separación entre las glorias que consumó, y las que seguramente alcanzará el honor de llevar á cabo en los tiempos venideros.

### I.

El 19 de octubre de 1805 se encontraban surtas en la bahía de Cádiz dos poderosas escuadras, una francesa, compuesta de 18 navios de línea al mando del Vice-almirante Villeneuve; y otra española, compuesta de 15 buques de la misma clase que mandaba el General D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, estando, sin embargo, bajo las órdenes inmediatas del Vice-almirante francés. Otra escuadra, inglesa, compuesta de 27 navios, y al mando del Vice-almirante Nelson, se encontraba por aquellos mismos días cruzando á la altura de Cádiz, lo cual, en el estado de rompimiento en que se hallaban las relaciones internacionales de la Inglaterra con la Francia y su aliada la España, era lo mismo que impedir á las flotas aliadas salir del puerto, so pena de empeñar, como luego se empeñó, un decisivo combate.

Veintidos navios ingleses se mantenían á una distancia de 15 millas próximamente del puerto, y los cinco restantes al mando del Contra-almirante Louis, eran los que se encontraban mas cerca de la bahía con objeto de vigilar los movimientos del enemigo, y dar parte de lo que ocurriese al resto de la escuadra. El día 19 pasó noticia esta escuadra avanzada al Almirante Nelson de que la escuadra aliada combinada se aprestaba á salir del puerto.

En efecto, el Almirante francés Villeneuve acababa de saber en aquel día la llegada á Madrid del Vice-almirante Rosilly, que Napoleon había nombrado para sucederle en el mando de la escuadra á causa de los muchos desaciertos que había cometido, trayéndole al mismo tiempo orden de dirigirse á París, tan pronto como entregase el mando, para dar cuenta de su conducta que el Emperador había calificado ya en mas de una ocasion de pusilánime. Al considerar, por la tanto, Villeneuve que estaba ya muy próxima la hora de su desgracia, se decidió á tomar una resolución atrevida que, ó layase sus manchas pasadas y le captase de nuevo la benevolencia del Emperador, ó le hundiese para siempre en la desgracia, si no sucedía que la muerte viniese á limpiar su afrentada reputación. Consecuencia de esta inspiración fué dictar la orden de mandar salir la escuadra al día siguiente.

No bastó á detenerle en su propósito el desgraciado éxito de combates pasados, y muy particularmente el del cabo

de Finisterre; no fué suficiente el considerar la merecida reputación y prestigio de que con justo título gozaba el hombre que pocos días antes se había encargado del mando de la escuadra inglesa; no fueron tampoco suficientes los consejos de los marinos españoles, que le hicieron presente el triste estado en que se encontraba la escuadra española, sin víveres, sin municiones y hasta sin marineros, pues todos eran gente bisona no acostumbrada á las fatigas de la mar, ni diestra en las maniobras de la navegación, y por lo tanto inútil en la hora del combate: que si con soldados bisonos puede improvisarse un Ejército terrestre que alcance victoria sobre el enemigo en cuantas batallas lo encuentre, con marineros bisonos una escuadra no puede encontrar mas que, ó una vergonzosa rendición ante el enemigo, ó una segura tumba entre las olas. Nada fué, sin embargo, suficiente á Villeneuve para detenerle en su propósito. Villeneuve no obedecía ya á otros móviles que á su propio egoísmo y á su propia conservación, y cuando el hombre, olvidando mas altos intereses obra solo en pró de sí mismo, ningun obstáculo es capaz á detenerle, y todos los caminos son buenos para conseguir los fines que se propone.

A despecho, pues, de las protestas de los marinos españoles, que con los Jefes franceses asistieron al consejo que se celebró para tratar de la salida de la escuadra, dió Villeneuve la orden de hacerse á la mar; y al día siguiente por la mañana, el 20 de octubre de 1805, empezaron á salir del puerto las dos escuadras que componían un total de 33 navios de línea, de ellos cuatro de tres puentes, y cuyos nombres eran los siguientes:

#### Escuadra francesa.

Navio <i>Bucentaure</i> , de 80 cañones.— Insignia del Vice-almirante Villeneuve, que mandaba en Jefe las dos escuadras.	Navio <i>Berwick</i> , de 74 cañones. Id. <i>Duguay-Trouin</i> , de id. id.
Navio <i>Formidable</i> , de 80 id.	Id. <i>Fougueux</i> , de id. id.
Id. <i>Indomptable</i> , de id. id.	Id. <i>Heros</i> , de id. id.
Id. <i>Neptuno</i> , de id. id.	Id. <i>Intrepide</i> , de id. id.
Id. <i>Algesiras</i> , de 74 id.	Id. <i>Mont-Blanc</i> , de id. id.
Id. <i>Achille</i> , de id. id.	Id. <i>Pluton</i> , de id. id.
Id. <i>Aigle</i> , de id. id.	Id. <i>Redoutable</i> , de id. id.
Id. <i>Argonaute</i> , de id. id.	Id. <i>Scipion</i> , de id. id.
	Id. <i>Swiftsure</i> , de id. id.

#### Escuadra española.

Navio <i>Santisima Trinidad</i> , de 130 cañones.—Insignia del General, D. Baltasar Hidalgo de Cisneros.	Navio <i>Menorca</i> , de 74 cañones.
Navio <i>Príncipe de Asturias</i> , de 112 cañones.	Id. <i>Montañés</i> , de id. id.
Id. <i>Santa Ana</i> , de id. id.	Id. <i>San Agustín</i> , de id. id.
Id. <i>Rayo</i> , de 100 id.	Id. <i>San Francisco de Asís</i> , de id. id.
Id. <i>Argonauta</i> , de 80 id.	Id. <i>San Ildefonso</i> , de id. id.
Id. <i>Neptuno</i> , de id. id.	Id. <i>San Juan Nepomuceno</i> , de id. id.
Id. <i>Bahama</i> , de 74 id.	Id. <i>San Justo</i> , de id. id.
	Id. <i>San Leandro</i> , de id. id.

Estos buques reunían un total de 2,636 cañones.

Acompañaban además á la escuadra combinada cinco fragatas y dos bergantines de la misma nación, con objeto de comunicar las órdenes y los avisos del Almirante á los Jefes de divisiones y buques.

A las nueve de la mañana estaban ya todos los buques fuera de la bahía, y empezaron á hacer rumbo hacia el estrecho de Gibraltar, con una ligera brisa que soplabá del Sudoeste y estando el cielo algo nublado. Entre dos y tres de la tarde empezó el horizonte á aclararse, y el viento ya se había cambiado al O. N. O. Villeneuve mandó entonces formar la escuadra en cinco columnas conforme con las instrucciones que de antemano tenía dadas á los demas Jefes y Comandantes de los buques. A consecuencia de esta orden dividió la escuadra en dos grandes porciones; una que componía la línea de batalla, y otra que formaba el cuerpo de reserva.

La línea de batalla se componía de 21 navios, que formaban tres divisiones, de siete cada una; la division de vanguardia, que se componía de cuatro navios franceses y tres españoles, estaba mandada por el General español don Ignacio Maria de Alava, que tenía su insignia en el navio *Santa Ana*; la division del centro, que se componía igualmente de cuatro navios franceses y tres españoles, estaba mandada por el mismo Villeneuve, que tenía el mando en Jefe de toda la línea de batalla, teniendo enarbolada su insignia en el *Bucentaure*; por último, la division de retaguardia, que se componía de cuatro navios españoles y tres franceses, estaba mandada por el Contra-almirante francés Dumanoir le Pelley, que tenía su insignia en el *Formidable*.

El cuerpo de reserva lo componían los doce navios res-

tantes, y formaban dos divisiones, una de seis navios franceses que mandaba el Contra-almirante francés Charles Magon, que tenía su insignia en el *Algesiras*, y otra de seis navios españoles que mandaba el General D. Federico de Gravina, que era el que tenía el mando en Jefe de esta escuadra de reserva, y cuya insignia estaba arbolada en el *Príncipe de Asturias*.

La escuadra inglesa de Nelson, que dejamos ya dicho que recibió aviso el día 19 de que la escuadra combinada se aprestaba á salir á la mar, y que hasta entonces se había mantenido al páiro á unas diez y seis leguas al Poniente de Cádiz con el doble intento de ocultar á los enemigos la verdadera fuerza de que se componía, y al mismo tiempo escojer una buena estacion en que no hubiese necesidad de entrar en el Mediterráneo, aunque reinasen vientos del Este como con frecuencia allí sucede, y se pudiese escapar por lo tanto el enemigo; al primer cambio de viento empezó á hacerse á la vela con direccion al Sudoeste.

Veintisiete eran los navios que componían la escuadra inglesa con un total de 2,148 cañones, siendo los siguientes los nombres de los buques:

Navio <i>Victory</i> , de 100 cañones.— Insignia del Vice-almirante Lord Nelson.	Navio <i>Revenge</i> , de 74 cañones. Id. <i>Spartiate</i> , de id. id.
Navio <i>Royal Sovereign</i> , de 100 cañones.—Insignia del Vice-almirante Collingwood.	Id. <i>Achille</i> , de id. id.
Navio <i>Britannia</i> , de 100 cañones.	Id. <i>Colossus</i> , de id. id.
Id. <i>Breadnought</i> , de 98 id.	Id. <i>Leviathan</i> , de id. id.
Id. <i>Neptune</i> , de 98 id.	Id. <i>Minotaur</i> , de id. id.
Id. <i>Temeraire</i> , de 98 id.	Id. <i>Swiftsure</i> , de id. id.
Id. <i>Prince of Wales</i> , de 98 id.	Id. <i>Bellerophon</i> , de id. id.
Id. <i>Tonnant</i> , de 80 id.	Id. <i>Defence</i> , de id. id.
Id. <i>Ajax</i> , de 74 id.	Id. <i>Defiance</i> , de id. id.
Id. <i>Belleisle</i> , de id. id.	Id. <i>Orion</i> , de id. id.
Id. <i>Conqueror</i> , de id. id.	Id. <i>Thunderer</i> , de id. id.
Id. <i>Mars</i> , de id. id.	Id. <i>Africa</i> , de 64 id.
	Id. <i>Agamemnon</i> , de id. id.
	Id. <i>Polyphemus</i> , de id. id.

Formaban también parte de la escuadra inglesa cuatro fragatas, una goleta y una balandra, que como los buques de pequeño porte de la escuadra combinada tenía por objeto servir de avisos y comunicar órdenes.

Siguió su marcha la escuadra inglesa en todo el día 19 sin ningún accidente particular, y al rayar el alba del día siguiente se encontró cerca de la embocadura del estrecho de Gibraltar, pero sin haber todavía distinguido nada de la escuadra enemiga, por cuya razón siguió su marcha con rumbo al Noroeste, para aprovechar una ligera brisa que soplabá del Sudoeste. A las siete de la mañana avisó la fragata *Phoebe*, una de las avanzadas, que la escuadra franco-española se distinguía haciendo rumbo hacia el Norte, y á la una de la tarde ya se encontraba la escuadra inglesa á ocho ó nueve leguas al Sudoeste de Cádiz. Siguió su rumbo hacia el Norte, y á las cinco, cuando la *Euryalus*, una de las avanzadas, acababa de anunciar que el enemigo parecía estar determinado á navegar con rumbo al Oeste, y Nelson había contestado diciendo que confiaba en que el Comandante Blackwood distinguiría al enemigo durante la noche, la *Naiade*, otra de las fragatas avanzadas, hizo señal de haberse distinguido 33 velas del enemigo que hacían rumbo al Nordeste.

Siguió su rumbo la escuadra inglesa, y á las nueve de la noche empezó á poner la proa al Sudoeste, en cuya direccion caminó toda la noche. A las seis de la mañana del 21 el navio *Victory* y la mayor parte de los buques ingleses pudieron ya distinguir claramente la escuadra combinada á una distancia de diez ó doce millas. Nelson mandó entonces que la escuadra formase en dos divisiones, una de catorce navios, que quedaria á sus órdenes, y la otra de trece, cuyo mando confiaba al Vice-almirante Collingwood, mandando hacer rumbo en esta forma hacia el Este.

La escuadra combinada que el día 20 dejamos formada en las cinco columnas ya dichas se mantuvo en esta disposicion aguantando todo lo posible el mal tiempo que había principiado á levantarse. Al medio día una de las fragatas francesas que se hallaba de avanzada hizo señal de distinguirse 18 velas enemigas, á cuyo anuncio la escuadra que estaba amurada á babor se presentó libre y desembarazada para entrar en accion, pero no habiéndose acercado los buques ingleses la escuadra viró á las cinco de la tarde, y empezó á dirigirse á la embocadura del estrecho. Entrada ya la noche, las fragatas inglesas que marchaban de avanzadas se aproximaron tanto á la escuadra aliada que los navios franceses *Argonauta* y *Achille* pudieron darles caza, habiendo enviado Villeneuve á los dos navios españoles *Príncipe*



de Asturias y San Juan Nepomuceno, y los dos franceses Aigle y Algesiras para servirles de convoy, y al mismo tiempo estar en observacion del enemigo. Este se dejó ver por la parte del Sur, lo cual anunciado que fué por el Aigle á Villeneuve, este ordenó hacer rumbo al Noroeste, en cuya direccion se mantuvo caminando la escuadra durante la noche.

Al rayar el día 21 las dos escuadras enemigas se encontraban ya frente á frente á una distancia tan solo de 10 ó 12 millas. Villeneuve, que ya habia desistido de su primer plan de combate que mas arriba hemos espuesto, lo cual probaba no solo su falta de energía sino tambien su impericia y su debilidad, mandó formar toda la escuadra en linea cerrada de batalla amurada á estribor, debiendo formar todos los buques, sin atender á categorías, sobre la division que se encontraba mas á sotavento que era la de reserva que mandaba Gravina. Mucho tiempo fué necesario para ejecutar esta maniobra que no pudo concluirse hasta despues de las diez de la mañana á causa de la fuerza con que soplabla el viento y de la gruesa mar de leva que habia.

(Se continuará.)  
G. LOBO.

## ANALES DE LA CENSURA.

(Continuacion.)

Constantino y sus hijos proscribieron severamente los folletos y libelos.

Por medio de folletos anónimos, repartidos profusamente entre las dos legiones galas, se consiguió sublevarlas contra Constancio y proclamar Emperador á Juliano. Fueron tantos los libelos que circularon contra Valente y su suegro Pretonio, que el primero se vió obligado á promulgar un edicto, por el cual se condenaba á muerte no solo á los autores de semejantes escritos, sino hasta los que se atreviesen á publicarlos ó retenerlos en su poder.

Teodosio mandó, bajo penas severas, que toda persona á cuyas manos viniese á parar un libelo infamatorio, lo destruyera sin comunicar á nadie su contenido. Se aplicó la misma pena al autor del folleto, que al que hubiese divulgado su contenido, no siendo en el caso de que este último se hubiese convertido en delator.

El código de Justiniano priva de la facultad de testar á los que hubiesen sido sentenciados por libelos infamatorios.

En tiempo del Emperador Leon, denominado el Filósofo, uno de sus favoritos compuso, con otros dignatarios de la corte, un libelo contra el Emperador, y halló medio para colocarlo en la tribuna donde aquel asistia á los Divinos Oficios. Habiendo sido denunciado por uno de sus cómplices el autor del folleto, fué rapado y encerrado en un convento.

Alejo Comeno, en una expedicion contra Bohemundo que sitiaba á Durazzo, se hizo acompañar de su esposa, cuya presencia era un obstáculo para varios Jefes del Ejército que atentaban contra la vida de aquel Emperador. Con objeto de alejarla escribieron folletos, en que se atacaba del modo mas violento su reputacion, y hallaron medio de introducirlos en la misma Cámara imperial.

Aunque las leyes, dice Ana Comena, prohiben semejantes atentados condenando á sus autores á penas muy severas, y sus obras al fuego, no fué ese rigor bastante para impedir que los conjurados volvieran á arrojar otro libelo en la Cámara del Emperador. El nuevo libelo era aun mas virulento que el anterior, y ultrajaba mas despiadadamente á la Emperatriz por el mero hecho de haber venido con el Ejército, en vez de permanecer en su palacio en Constantinopla.... En lugar de firma contenia estas palabras: «Está escrito por un fraile que no conoceis, pero que se os presentará en sueños.» De allí á pocos dias la casualidad hizo que se descubriesen los conjurados, autores de aquel folleto, y el Emperador se contentó con desterrarlos.

La censura eclesiástica alcanzó tambien, como era consiguiente, los escritos de los primeros siglos del cristianismo. En un concilio celebrado en Roma el año 494, el Papa Gelasio II redactó una lista de los libros canónicos y de los

que no estaban reconocidos como tales por la Iglesia. Puede esta lista ser considerada como el primer índice conocido. Entre las numerosas obras condenadas por atentatorias á la religion, pueden citarse las de Abelardo en 1141; las de Arnaldo de Brescia, quemado con ellas, en 1153; de Amaury de Chartres en 1213; del Evangelio Eterno, quemado en Roma en 1230; las obras de Margarita de Hannonia en 1310, y sucesivamente otra multitud que seria prolijo enumerar.

Pocos ejemplos podrian citarse de mas eficaz resultado para la censura como el ocurrido á fines del siglo xm con respecto á un libro escrito por Arlotto, notario de Vicenza, é intitulado *Historia de la tiranía ejercida por los Paduanos contra los Vicentinos*. Cuando los primeros, despues de haber sido escrita esta obra, se hicieron dueños de la ciudad, desterraron al autor é impusieron pena de la vida á cualquiera persona que la leyera, conservara ó introdujera. Fué tan puntualmente cumplimentada esta medida, que cuando regresó Arlotto por haber sido espulsados los Paduanos, no encontró ni un solo ejemplar del libro con que poder hacer la reimpresion.

Mucho temor debian inspirar al Gobierno francés las canciones satiricas á fines del siglo xiv, cuando hubo que expedir un decreto imponiendo las penas graves, no solo contra los que las compusiesen ó cantasen, sino hasta dos meses de cárcel á pan y agua á cuantos se complacieran en oirlas.

Con no menos rigor se ensañó la censura en Turquía contra los autores y las obras que se creyeron dignas de represion. De la *Historia del Imperio otomano* reproducimos dos notables casos entre otros varios que se podrian citar.

«En tiempo de Amurates II, que murió en 1421, un célebre Mufti llamado Fachraddin-Aladschemi, predicó contra un libro escrito en persa, en el que se defendia la libertad del pensamiento, y obtuvo su reprobacion. El mismo Mufti trajo en sus hombros la leña para la hoguera en que el autor y su libro debian ser quemados, y atizó con tanto afán el fuego, que las llamas llegaron á quemar su venerable barba.»

«En tiempo del mismo Amurates otro poeta turco, acusado de haber defendido el panteismo en sus poesias, fué condenado á muerte y los ulemas lo desollaron vivo con sus propias manos.

Bertoldo, Arzobispo de Mayenza, es el primero á quien se debe la institucion de los censores de imprenta en 1486. Con este objeto estableció un tribunal de tres doctores y un maestro en artes para que inspeccionaran la traduccion al idioma vulgar de todo libro griego ó latino.

Paganini de Brescia publicó antes del 1509 en Venecia el texto árabe del Corán, pero fué tan esquisita la persecucion que se hizo contra esta obra, que hoy no se conserva vestigio de ella sino por una cita de Teseo en su *Introduccion á la lengua Caldea*.

Luis XII, que en su buena ciudad de París se habia visto representado en pleno teatro como un avaro insaciable que bebia en un gran vaso de oro sin poder apagar la sed, no pudo consentir que el nombre de su esposa, Ana de Bretaña, se viera convertido en objeto de semejantes bufonadas. Habiéndole en cierta ocasion dicho que varios estudiantes y gente del populacho habian representado escenas en que se hablaba de su persona, de la corte y de la grandeza, no manifestó ningun sentimiento, y se contentó con decir que era preciso dejarles pasar el tiempo de algun modo, pero que tuvieran cuidado de no hablar de su esposa, pues en tal caso los mandaria ahorcar á todos.»

(Se concluirá.)

## CASTILLO DEL UOVO.

Los castillos de Santelmo y del Uovo son, como todo el mundo sabe, las dos grandes fortalezas que campean en la bahía de Nápoles, y cuyos fuegos pueden lo mismo amparar que destruir la ciudad.

Elévase el del Uovo, cuya vista reproducimos, sobre un peñon de oscuro color que forma tan singular como poético contraste con la diafanidad de la atmósfera, y sus cañones enfilan directamente las calles mas populosas del aristocrá-

tico barrio de Santa Lucía, desde donde se descubre el magnífico panorama que estendiéndose sobre la azulada llanura del golfo, va á terminar en la inmensa mole del incansable Vesubio.

El castillo comunica con la ciudad por medio de un puente, y por el lado del Sur ostenta una torre telegráfica que en estos últimos tiempos ha estado funcionando constantemente.

## EPISODIO DE LA GUERRA DE BRETAÑA,

escrito en francés

POR MR. OCTAVE FEUILLET.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

X.

(Continuacion.)

Recordando entonces el objeto verdadero de su viaje á Kergant, se acusó de no haber abandonado todavia su papel fingido, de conservar su máscara mas tiempo del necesario. En seguida se acercó sin afectacion á su terrible rival, y aprovechando un instante en que este concluía de hablar, le dijo:

—Caballero, ¿me será lícito conversar con V. un momento, antes de unirme para siempre á la causa que tan bien representa? De seguro no me hallo en una situacion propicia para poner precio á mis servicios; pero mi carácter entre vosotros necesita hallarse definido con claridad, tanto para satisfaccion vuestra como para la mia, y aun añadiré que para la de mi honra. No creo equivocarme, caballero, al atribuir á V. toda la autoridad necesaria para fallar sin apelacion en cuanto me concierne.

Mientras Hervé pronunciaba estas palabras, la mirada penetrante del jóven realista no habia cesado un momento de observar con la mayor atencion el semblante de su interlocutor; una sonrisa singular apareció en sus labios cuando contestó:

—Estoy completamente á las órdenes de V., Mr. de Pelveu, y no hace V. sino anticiparse á mis deseos... La noche está hermosa, segun creo... ¿Le gustará á V. un paseo por el jardín?... Allí hablaremos con entero desahogo.

Hervé se inclinó.

—Pero, ¡Dios mío! querido huésped,—repuso Flor de Lis, dirigiéndose al Marqués de Kergant,—¿tratamos, acaso, á Mr. de Pelveu como prisionero? Observo que no tiene espada, y para un militar valiente como él, es una mortificacion muy inmerecida, que no se prolongará un solo minuto mas si tiene V. alguna consideracion á mi ruego.

—Me hace V. recordar, señor Duque,—dijo el Marqués,—que ha llegado el momento de restituir á Hervé una parte de su herencia, de la que le he privado hasta ahora.

El Marqués, al hablar de este modo, se acercó á una consola, tomó de ella una espada que descansaba en un almohadon de terciopelo, y presentándola á Hervé, repuso:

—Querido hijo, esto es de V.; la espada de su padre no podia empuñarla sino una mano fiel. Se la entrego á V. en la confianza de que nunca se volverá contra nuestra cruz santa, ni contra nuestras santas flores de lis.

El Duque, al oír estas palabras, volvió á sonreírse, y dijo:

—Yo respondo de Mr. de Pelveu, y de que es acreedor á la confianza que de él se hace... la cual llega en momento muy oportuno,—añadió en voz mas baja dando una vuelta y dirigiéndose hacia la puerta.

Pelveu se ciñó la espada, dando gracias á Mr. de Kergant con esa reserva algo fria que desde su llegada habia marcado toda su conducta para con el anciano Marqués, y que este atribuía al natural embarazo producido por aquel regreso obligado. Luego siguió á Flor de Lis fuera de la sala.

Ambos jóvenes atravesaron un zaguán adornado con armaduras antiguas, pasaron un puente que habia sobre el foso, y se encontraron muy luego en el jardín del castillo. Por un acuerdo tácito continuaron caminando con rapidez, como si no hallasen paraje bastante solitario para la espiacion que se preparaba, y cuya importancia y trascenden-



cia parecía que cada uno de ellos había calculado por igual. En el momento en que se acercaban al bosque de abetos, se oyó detrás de ellos un ruido de pasos precipitados, detuviéronse y poco después se reunió con ellos Mlle. Kergant quien les dijo con voz anhelosa:

—Perdonen Vds., señores... Mr. Hervé, es preciso que yo hable con V.

Hervé no pudo reprimir un gesto de violento despecho.

—Señorita,—dijo,—díguese V. dispensarme, pero ya ha oído V. la súplica que he dirigido al señor... al señor Duque; se ha dignado acceder á ella, y tendría derecho para tachar mi cortesía si yo disfrutase...

—El señor Duque,—esclamó Bellah interrumpiéndole con viveza,—es, á su vez, sobrado cortés para no cederme su turno de audiencia.

—Seguramente,—dijo Flor de Lis con un tono embarazoso que no le era habitual,—Mlle. de Kergant solo puede esperar de mí una sumisión absoluta á sus deseos mas insignificantes; pero Mr. de Pelveu sería injusto para conmigo si creyese que solo á él aflige este contratiempo.

Y el jóven realista, al decir estas palabras, se inclinó profundamente, se separó de aquel sitio y desapareció en la espesura del bosque.

Mlle. de Kergant retrocedió algunos pasos por el jardín, hasta que estuvo segura de que nadie le oía sino aquel á quien se dirigía.

—Hervé,—dijo entonces deteniéndose y tocándole en el brazo,—eso no se realizará... no puede realizarse.

—¿Qué quiere V. decir?—replicó Hervé.—Sin duda se equivoca V. acerca de mi intento.

—No, no me equivoco, lo he comprendido tan bien como él; pero eso no se realizará, aun cuando haya de ir á referirselo todo á mi padre. Hervé, no me reduzca V. á ese extremo terrible y desesperado, se lo suplico.

—Ese extremo es muy útil, puesto que le basta á V. con una palabra para quitarme todo deseo y todo pretexto razonable de llevar mas lejos este asunto; pero, escúcheme con atención: si se niega V. á decir esa palabra, le juro que no le quedará mas recurso que el de entregarme por su propia mano á la muerte, pues ya conoce V. á su padre. Bellah, la mujer á quien vi, hace una hora, cerca de aquí, en los brazos de ese jóven... esa mujer... veamos, hable V.

Mlle. de Kergant se estremeció, vaciló, fué á apoyarse en el pedestal de una estatua y permaneció algun tiempo con la cabeza inclinada, sin contestar; su respiración era anhelosa y dolorosa; al fin habló sin levantar la vista.

—Esa mujer,—dijo con acento ahogado,—era yo!

—¿Poder del cielo! ¡Era V.!—esclamó Hervé retrocediendo dos pasos con una especie de terror.—Segun eso...—repuso después de un breve instante de silencio,—sí, quiero oír de nuevo esa confesión de sus labios... ¿Segun eso es el amante de V.?

Bellah, cuyo aspecto era triste y desgarrador, ocultó su rostro entre ambas manos, y su voz, débil en extremo, murmuró:

—¿Mi amante, sí!

—Está bien,—dijo Hervé.—Adios.

—¿A dónde vá V.?—repuso Mlle. Kergant apoderándose de la mano del jóven con un ademán convulsivo:—¿qué va á ser de V.?... ¿qué quiere V.?... ¿qué he de decir á mi padre

—Dígame V. que yo había venido aquí como un espía, prodígneme los nombres mas viles; poco me importa: los labios de V. á nadie pueden mancillar ya. Adios.

Hervé, al concluir de pronunciar estas palabras se desprendió con suavidad de la mano que tenía sujeta á la suya y se alejó con paso rápido, mientras que la jóven, desconsolada, fuera de sí, caía de rodillas delante del pedestal, con la cabellera suelta y el pecho agitado por los sollozos.



VISTA DEL CASTILLO DEL UOVO EN LA BAHÍA DE NÁPOLES.  
(Remitido por D. J. B.)

# XI.

Os he visto, en sueños, algo triste: he temido que fuese cierto, y he venido presuroso.—(LA FONTAINE, Los dos amigos.)

Pelveu saltó por la brecha del foso que separaba el jardín de la pradera inmediata, y volvió á entrar en la alameda sombría por la barrera en que aun estaba atado su caballo. El pobre animal, olvidado en medio de tantas tribulaciones, lanzó un débil relincho al conocer á su amo, y alargó su cansada cabeza para implorar una caricia. No hay hombre cuya vida no haya contado una de esas horas, marcadas por la traición y la ingratitud, en las que una prueba de afecto por parte del ser mas humilde nos penetra el alma y nos representa, mas viva aun, la idea de nuestro abandono. Cuando nuestro corazón está lleno, se necesita muy poco para hacerle desbordarse. Hervé, murmurando algunas palabras confusas, acarició con la mano á su antiguo compañero de peligros y batallas; luego se sentó al pie del seto y dos lágrimas ardientes se desprendieron de sus párpados.

Después de algunos minutos consagrados á amargas meditaciones, el jóven se levantó y alzó la frente con energía; como para hacer frente al destino. Al menos, en la certidumbre de una desgracia hay una cosa buena, y es que quita todo pretexto á esas alternativas de temor y de esperanza que enervan el alma. A cualquiera parte que Hervé volviese su pensamiento, solo encontraba dolores, obstáculos, y una especie de imposibilidad de vivir. Fallábale el porvenir, al mismo tiempo que el pasado: los sueños de noble actividad, de servicios prestados, de gloria adquirida, todos los consuelos varoniles á que un hombre puede pedir el olvido de una debilidad inútil y el descanso de un corazón desdénado, todo le estaba negado. Al revés de cuanto ima-

ginara, su loca empresa no había salvado á su amor ni á su honra, y le dejaba la vida. Solo, en aquel país enemigo, ¿qué esperanza le quedaba ya de reconquistar la estimación de los suyos por medio de una acción brillante? ¿A dónde había de ir, siendo igualmente sospechoso para ambos partidos, tan traidor á los ojos del uno como á los del otro? ¿Bajo qué tienda ó en qué cabaña podría abrigar, siquiera, por una noche, su cabeza condenada á las venganzas de los defensores de ambas causas

Perdido en estas reflexiones sin resultado, el jóven, en

su paseo distraído y sin objeto, llegó al extremo de la alameda mas lejana del castillo, cuando de improviso hirió su oído el ruido acompasado de una marcha militar; antes de que hubiese podido precaverse se vió rodeado de bayonetas y sintió la punta de un sable en su pecho.

—¡Ríndete, quien quiera que seas!—dijo una voz breve é imperiosa.

—¡Francis!—esclamó Pelveu.

—¡Hervé!—contestó el Teniente bajando su sable y apoderándose de la mano de su amigo,—¡Hervé! ¡loado sea Dios! No esperaba volver á ver á V. vivo.

—¡Francis!—repitió Hervé en el colmo de la sorpresa,—¿qué significa eso? ¿De dónde viene V.?... ¿Cómo ha podido...? ¿Quién está ahí con V.?

—Somos nosotros,—dijo una voz ronca,—los sin miedo, Colibrí y yo, que venimos á buscar á nuestro Comandante ó la muerte, por razón del efecto moral.

—¡Ah! ¡mi viejo Bruidoux!—repuso Hervé,—segun eso, tú no crees que he hecho traición?

—¡Quite V. allá, mi Comandante! ¿acaso no nos engañó á todos esa pícara escocesa? Solo Colibrí que tiene la nariz muy larga para su edad...

—Pero en nombre del cielo, Francis,—esclamó Hervé interrumpiendo al sargento,—¿cómo ha podido V. seguirme con tanta rapidez y llegar hasta aquí?... ¿Dónde está el Ejército?... ¿Dónde está el General?

—Un poco mas lejos de lo que yo quisiera, Comandante... Pero ante todo, dígame V. en qué estado se encuentra la aventura: ¿ha penetrado V. en el castillo?

—Sí, he entrado en él y he encontrado á cuantos buscaba. Por lo demas, mis planes han quedado frustrados de una manera completa y cruel. No me pregunte V. mas. Ahora, póngame al corriente de lo que haya ocurrido, porque todavía no sé si debo felicitarle de este encuentro.

Francis se llevó entonces al Comandante á un lado, y le refirió que en la misma noche que siguió á su partida abandonó el Ejército republicano sus acantonamientos: el cuerpo principal estaba ya en Ploermel; tres batallones, en cuyo número figuraba el de Hervé, habían practicado un reconocimiento hasta el pueblecillo desierto por el cual pasó Pelveu por la mañana. Circulaba el rumor de que las fuerzas de los blancos se hallaban concentradas un poco mas hacia el Norte, en Pontiny.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado, el Secretario, FRANCISCO MEDINA-VEYIA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.  
Editor responsable, D. Jacinto Rodriguez.

MADRID: 1860.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodriguez, calle de San Bernardino, núm. 7.